

C-12
13

EL SECRETO
DEL ABOGADO

C-12
13

M. 11863

R. 11795

SECRET
DEL ABORDADO

112
BIBLIOTECA DE "LA MAÑANA"

EL SECRETO
DEL ABOGADO

NOVELA ESCRITA

POR

Miss E. Braddon

TRADUCIDA AL ESPAÑOL

por N. N.

MONTERREY

Librería Anticuaria
de Galicia

G. Aranda, 18 - Telf. 6843
VIGO



LA CORUÑA
TIPOGRAFÍA DE "LA MAÑANA"

Plaza de María Pita núm 10

1898

BIBLIOTECA DE LA MANANA

EL SECRETO

DEL ABOGADO

por J. A. VERA

Mesa E. Braddon

LIBRERIA DE LA MANANA

por N. N.

LIBRERIA

BIBLIOTECA DE LA MANANA

1890

1890

EL SECRETO DEL ABOGADO

I

En el despacho de un abogado

—Se trata de la cláusula más extraña que se haya podido imaginar jamás para anular las ventajas de un testamento,—dijo la señora.

—Cláusula que debéis cumplir si no queréis perder la fortuna,—contestó el caballero, golpeando la mesa con los dedos, mientras la señora hacía otro tanto en el suelo con el pié.

Ambos estaban de mal humor.

El relámpago de ira que brillaba en los ojos de la señora la daba cierta belleza que podía inspirar temores á un hombre de temperamento nervioso.

Era muy linda; sus cabellos de un hermoso negro salían en bucles sedosos y abundantes de debajo de un elegante sombrero.

A sus negros ojos sombreados por largas pestañas rodeábales oscuras ojeras. Eran como dos estrellas perdidas en un cielo negro, pero brillantes como esos faroles que sirven para anunciar un peligro.

Su nariz aguileña y su boca pequeña y bien dibujada indicaban cierta firmeza y su cutis moreno tenía un tinte un poco pálido.

En cuanto al resto de su persona, no desdecía en nada de su fisonomía; era de estatura bastante elevada, y su cabeza se levantaba con graciosa altivez en medio de unos hombros bien modelados y un talle esbelto. Sus piés eran pequeños, y como sus manos, delicadamente formados.

Su interlocutor tenía diez ó quince años más que ella. Era también hermoso, pero con una expresión indiferente que se comunicaba á su fisonomía y esparcía en ella un tinte sombrío, dando á su figura una apariencia de indolente fatiga que apagaba el brillo de sus ojos y borraba la sonrisa de sus labios.

¿Por qué causa un hombre dotado al parecer por la naturaleza de elevadas cualidades estaba fatigado á tal extremo de la vida?

Era un misterio, y todos los que le examinaban con mucha atención se convencían de que en la conciencia de aquel hombre de apariencia tranquila ocultábase profundo y tempestuoso secreto que se escapaba á la mirada superficial.

Era también moreno y pálido, con una fisonomía de rasgos pronunciados y ojos negros de penetrante mirada; ojos cubiertos de espesas pestañas que rara vez miraban de frente.

Su boca tenía una expresión espiritual y labios del-

gados, pero el conjunto de su fisonomía carecía en absoluto de una cualidad que es el distintivo más hermoso de la belleza masculina. Esta cualidad es la resolución.

Estaba sentado, tocando el tambor en la mesa con la punta de los dedos, blancos y delgados, la cabeza inclinada, la mirada baja y su frente espaciosa y hermosa cubierta por una nube de tristeza.

La escena pasaba en el despacho de un abogado, y la presenciaba un tercer personaje.

Era esta una señora de alguna edad, de una belleza algo ajada y vestida con notable elegancia.

No tomaba ninguna parte en la conversación limitándose, sentada en un sillón al lado del fuego, á hojear un número del *Times*, cuyo papel, cada vez que se movía producía un ruido seco y desagradable que excitaba los nervios de la linda joven y del hombre de ley.

El caballero se llamaba Horacio Margrave, era abogado, al mismo tiempo tutor de la joven y ejecutor testamentario del tío de ésta.

Elena Arden era la única heredera y la sola legataria de su tío John Arden, de Arden, en el condado de Northampton, y aquel día el primero de su mayor edad.

El señor Margrave había sido el amigo sincero y adicto de su padre muerto hacía diez años y de su tío que murió en época más reciente y Leonor fué educada en la creencia de que si en la tierra existía algo de verdad, de honradez y de adhesión, estas tres cualidades estaban personificadas en Horacio Margrave.

A la sazón se hallaba ocupado en explicar á su pu-

pila las cláusulas del testamento de su tío, de las que algunas contenían condiciones bastante extrañas.

—Y además, querida Leonor,—dijo el abogado, sin dejar de tocar el tambor en su pupitre y mirando á éste y no á su cliente,—no tenéis derecho exclusivo á ser la única heredera de vuestro tío John Arden.

—Era su parienta más próxima,—respondió Leonor.

—Convenido, pero eso no es una razón para que fueseis la preferida. Vuestro padre y vuestro tío, siguiendo la costumbre que la amistad fraternal puso en práctica en este cristiano país se trataron como dos extraños durante la mayor parte de su vida. Y cuato á vos, vuestro tío no os vió jamás, porque vuestro padre vivía en el Norte de Europa en una pequeña propiedad perteneciente á su esposa y os educaron en aquellos sitios lejanos hasta que murió vuestro padre, lo que ocurrió hace unos diez años. Después de la muerte de éste os enviaron á París para que os educaseis bajo la dirección de vuestra tía y esa es la causa de que no conocieseis á John Arden, de Arden Housse, único hermano de vuestro padre.

—Mi padre temió que se equivocase acerca de sus intenciones. Si hubiese dado á conocer á su hija á su opulento hermano, tal se habría creído que...

—¡Que codiciaba el dinero de su opulento hermano! ¿Hubieran podido pensarlo? ¡Y en efecto así habría sido! Vuestro padre que estaba dotado de todo el orgullo de los Arden del condado de Northampton, obró como hubiera obrado todo caballero inglés, de los que tienen el corazón en su sitio; pero á pesar de todo, á los ojos del mundo obró como un loco. ¿De modo, que según eso, no esperabais heredar la fortuna de vuestro tío?

—¡De ningún modo! Ni tampoco la deseé jamás. La modesta fortuna de mi madre me basta.

—¡Plegue el cielo que nunca hubieseis tenido ni un sueldo más!

Al pronunciar estas palabras desapareció de la fisonomía del abogado la expresión de indiferencia y adquirió un tinte de tristeza tan profunda que hacía daño verle.

Era tan raro en él hablar con calor acerca de una cuestión cualquiera, que Leonor asustada al observar tan súbito cambio se volvió de pronto para contemplarle con curiosidad.

Margrave recobró, sin embargo, casi en seguida su aspecto y continuó hablando con su indiferencia acostumbrada.

—Con gran sorpresa de todos, vuestro tío os dejó á vos sólo la totalidad de su fortuna. Siendo como erais completamente desconocida para él, ese acto más que hijo del cariño, lo es de un deber respecto á su difunto hermano, porque á la persona á quien realmente estimaba no le unía ningún lazo de parentesco, y es más que probable que considerase como una acción injusta al desheredar á su sobrina en favor de un extraño.

»Ese extraño, protegido por vuestro tío es el hijo de una señora á la que amó mucho en otro tiempo, pero que á su vez amaba con delirio á alguien más pobre y que ocupaba una posición muchísimo más humilde que el caballero de Arden, y que cuando llegó la ocasión se lo dijo con mucha ternura, pero al mismo tiempo con mucho valor como toda mujer honrada debe hacerlo aunque al obrar así despedaze un corazón para toda la vida.

» Esa señora se casó con el novio más pobre, con Jorge Dalton, jóven cirujano que vivía en una población de segundo ó tercer orden en las provincias. A los tres años de celebrado el matrimonio murió el cirujano dejando un hijo único. Este niño, que cuando murió su padre no tenía más que cuatro años, fué adoptado por vuestro tío, que no quiso casarse y se dedicó por completo á los cuidados de la educación del hijo de la mujer que le rechazó.

» No educó al jóven como si algún día tuviese que heredar su cuantiosa fortuna, sino que le acostumbró al trabajo y le dió una instrucción propia de un hombre que ha de recorrer sin ajeno auxilio el camino de la vida.

» Le hizo seguir la carrera del foro, y Enrique Dalton subió á estrados á defender su primer pleito un año antes de morir su protector, que no le dejó ni un penique de herencia.

—Pero...

—Os lejo su fortuna entera con la coadición de que habréis de casaros con Enrique durante el primer año de vuestra mayor edad.

—¿Y si me caso con otro ó si me niego á casarme con ese hijo de boticario pierdo esa herencia?

—Hasta el último céntimo.

Un resplandor magnífico iluminó los negros ojos de la jóven, cuando sin poder contener irresistible arranque se levantó de pronto de su asiento, y atravesando la sala fué á apoyar ligeramente su mano en el hombro del abogado.

—¡Así sea!—dijo sonriéndose.—¡Abandono la fortuna!—Poseo cien libras de renta que proceden de la he-

rencia de mi pobre madre... y eso es más que suficiente para una mujer. No acepto la fortuna de mi tío,—añadió haciendo una pausa,—y me casaré con un hombre al que ame...

Ya hemos dicho que Margrave tenía una tez pálida, pero mientras Leonor pronunció aquellas palabras, su fisonomía perdió su palidez acostumbrada y adquirió un tinte terroso y cadavérico.

Inclinó la cabeza sobre el pecho, en tanto que fruncía dolorosamente el entrecejo sobre sus ojos medio cerrados.

Leonor estaba en pié detrás de su silla, con su mano delicada apoyada en el hombro del abogado, de modo que no pudo observar el cambio que sufrió la fisonomía de éste.

Esperó uno ó dos minutos para saber lo que decía de su resolución y viendo que no la daba ninguna respuesta, se alejó de su lado con ademán de impaciencia, y volvió á sentarse al otro lado de la mesa.

Nada más indiferente que el tono con que contestó Margrave mirando con indolencia á la joven.

—¡Pobre niña romántica! ¡Abandonar una fortuna que produce tres mil libras esterlinas por año y esto sin contar con el castillo de Arden y sus vastas dependencias, para casaros con el hombre que amáis! ¿Puedo atreverme á preguntaros, dulce y poética Leonor, quien es el dichoso mortal al que favorecéis con vuestro amor?

Leonor no pudo resistir la emoción que la produjo una pregunta tan sencilla presentada de aquel modo, y sobre todo hecha por un hombre de negocios de mucha

más edad que ella, antiguo y querido amigo de su padre, su tutor y consejero.

A pesar de todas estas circunstancias, Leonor se conmovió, y una sombría nube cubrió su cara encantadora, sus sedosas pestañas velaron los negros ojos, y sus labios purpúreos temblaron de tal modo, que la fué imposible ocultar y dominar el temblor.

La jóven se calló durante unos cuantos minutos mientras tanto que el abogado se entretenía jugando con un cortaplumas que abrió y cerró distraidamente varias veces sin fijarse en su linda pupila.

La señora de edad continuaba en la misma postura, sentada al lado del fuego y tuvo tiempo de hojear más de una vez las crugientes hojas del *Times* mientras duró aquel corto intervaio de silencio, que no obstante parecía tan largo.

Margrave fué el primero que habló.

—En calidad de tutor vuestro, querida Leonor,—dijo,—tuve hasta hoy poder para vigilar vuestras acciones y con lo que en adelante tendré el privilegio, ya que no el derecho, de daros consejos. Creo que tengo algunos títulos para merecer vuestra confianza, decidme, pues francamente, del mismo modo que se lo diríais á un abogado que tuviese ya cierta edad, como yo, quien es la persona á quien amáis. ¿Con quién otro que no fuese el hijo adoptivo de vuestro tío os querríais casar?

Esta vez el abogado miró á su pupila mientras hablaba, y esta fijó la suya en el rostro de su tutor, de manera que sus miradas se cruzaron.

La de la jóven fué una mirada larga, triste, inquieta y llena de reproches y la del abogado expresó un aire

lestará en el goce de la posesión de lo que vuelve á vos por derecho propio.

»El señor Margrave que á la vez que vuestro abogado es el ejecutor testamentario del señor de Arden, redactará mañana un acta en la que renunciaré á la posesión, y una palabra vuestra me bastará para que esta misma noche os diga adios,—añadió dirigiendo una mirada ardiente á la encantadora jóven,—antes de que más prendado de vos, pueda ser justo.

—A lo que veo, señor Dalton, lleváis las virtudes romanas al último extremo. Vais á purificar la atmósfera,—dijo Margrave mirando con indiferencia á los jóvenes.

—¿Debo marcharme ó quedarme, señorita,—preguntó el jóven.

—!Quedáos, señor Dalton!

Leonor se levantó al responder de ese modo y apoyo la mano como buscando un apoyo.

—Quedáos, señor Dalton, y si vuestra felicidad depende de la unión que deseaba mi tío, que se realice su deseo. No puedo guardar esa fortuna que no es la mía, pero puedo partirla con otro.

»Voy á confesaros, y sé que impulsado por vuestra naturaleza generosa me amaréis, más después de esta declaración; me atreví á alimentar una esperanza en que otro tomaba parte, pero fui una loca, me equivoqué y caí en el absurdo como suele sucederles á la mayor parte de las colegialas.

»El sueño desapareció, y si queréis aceptar la fortuna de mi tío y mi estimación, son vuestras, pues la primera os pertenece de derecho y la segunda la conquistasteis con vuestra noble conducta de esta noche.

Leonor le alargó la mano que Enrique estrechó cariñosamente, llevó á sus lábios, y acompañándola después al sofá, se sentó en una silla á su lado.

Margrave cerró los ojos como si le hubiese herido el golpe que temía.

El resto de la noche pasó lenta y tranquilamente.

Margrave sostuvo la conversación con mucha distinción, empero obtuvo poco éxito, porque su auditorio estaba triste.

Leonor estaba distraída, Dalton pensativo y la señora Morrisson en una especie de estúpido letargo.

El abogado disimuló tras un precioso abanico de chimenea dos ó tres bostezos, y cuando el reloj coronado por un dios pan, de oro, señaló las diez y media, se levantó para retirarse.

Leonor se quedó sola para meditar sobre el compromiso que había tomado impulsada por las circunstancias.

—Tengo ganas de tomar un coche y marcharme á mi casa,—dijo Enrique Dalton al salir de la casa,—que paiseis buena noche, señor Margrave.

—No, señor Dalton, he de deciros alguna cosa que pienso que sepáis, y que según creo, mejor debe decirse de noche que de día. Si no tenéis miedo de acostaros tarde, venid á mi casa y fumaremos un cigarro. Antes de ver otra vez á Leonor es conveniente que tenga una conversación de una hora con vos. ¿será esta noche? Como si se tratase de un servicio especial, os ruego que así lo sea.

Dalton se quedó muy sorprendido al observar la instancia del abogado, pero se inclinó y dijo:

—Con mucho gusto. Estoy á vuestra disposición.

Al volver tan pronto á mi casa me proponía pasar dos ó tres horas leyendo, así que no debe deteneros el temor de hacerme acostar tarde.

Enrique Dalton y Margrave permanecieron encerrados en el despacho de éste último hasta hora muy avanzada de la noche.

No fumaron, y aunque al alcance de su mano tenían una botella de Madera ninguno la tocó.

Un tapón que se veía en el suelo era de una botella de aguardiente y al lado de este veíase un vaso que habían apurado hasta la última gota.

Los relojes daban las dos cuando Margrave bajó á abrir la puerta á su visita.

Se detuvo en el dintel y poniendo la mano en el brazo de Dalton y estrechándoselo con fuerza, le dijo al oído:

—¡Me salvé! ¡Vuestra palabra es sagrada!

Dalton se volvió y miró frente á frente y con fijeza aquella cara pálida y transtornada y sus ojos bajos ocultos por espesas cejas y pestañas.

—Los Dalton, del condado de Lincoln, no pertenecen á una familia noble ni antigua, señor Margrave, ú opulenta, pero saben guardar sus juramentos. ¡Buenas noches!

Al marcharse no dió la mano al que se quedaba, limitándose á llevarla al ala del sombrero y á saludar con mucha gravedad.

Margrave ahogó un suspiro y cerró las puertas, dirigiéndose á su caldeado gabinete.

—¡Al fin me salvé!—murmuró.—¿Hubiera podido ser dichoso? ¿Obré esta noche con prudencia? ¿Y me atrevo á preguntarlo?

Murmuró algunas palabras más, mirando á un sitio encima de la chimenea en donde se hallaban artísticamente colocadas un par de magníficas pistolas y un puñalito con vaina y puño de plata cincelada.

—¡Quien sabe si esa explicación era inútil y si después de todo el fuego vale menos que la llama que produce!

III

Después de la luna de miel

Tres meses habían transcurrido desde que se verificó la nocturna entrevista en el despacho de Margrave, la temporada de la ópera acababa de inaugurarse, habiéndose presentado tres tenores nuevos, dos sopranos y un bajo en la clásica escena del teatro de su majestad; la novela de modo se vendía en casa de Modie y los paseos se veían llenos de amazonas y oficiales de la Guardia con sus rojos uniformes y largas patillas, cuando volvieron á Londres los señores Dalton, después de haber pasado su luna de miel en las cercanías de los lagos del Cumberland y establecieron su residencia en una pequeña y confortable casita, situada en Helford Street y que Leonor amuebló antes de su casamiento.

Se hicieron la corte durante muy poco tiempo, las dulces incertidumbres, las dudas, los temores, los sueños y las esperanzas, de una palabra, todo lo que constituye el prólogo púdico de una unión próxima, faltó en aquella unión ordenada por un testamento.

Aquel casamiento fundado en la estimación y no en el amor, lo contrajo Leonor á impulsos de una naturaleza generosa y viva acostumbrada á no dominar sus sentimientos.

¿Era dichosa?

Esa respetuosa tranquilidad que experimenta al lado del hombre elegido para ella por una tercera persona ¿puede satisfacer el corazón ardiente de una jóven romántica?

Hacía diez semanas que se había casado y no había vuelto á ver á Margrave, al único amigo que tenía en Inglaterra excepción hecho de su marido.

No le volvió á ver desde que en una hermosa mañana del mes de Mayo cogió su mano, y en calidad de tutor y representante de su padre difunto la colocó en la de su esposo.

Leonor se acordó de que aquel día cuando la mano de Margrave la tocó estaba helada é inerte como la suya, y su fisonomía más pálida que nunca, pero á pesar de todo, cumplió con sus deberes lo mismo en la iglesia que más tarde en la mesa, brindando por los recién casados y obsequiando á todos.

Y si alguna vez creyó que tenía algún derecho al cariño de Margrave, hubo de desechar semejante creencia al ver que la trataba con tanta indiferencia como á cualquiera de sus clientes al despedirse de ella en la silla de postas.

El día en que volvemos á ver á Leonor hállase esta sola al lado de un balcón mirando la calle á través de las plantas que lo adornan y jugando distraidamente con una delgada cadena de oro que lleva colgada del cuello.

De pronto vió una persona á la que esperaba atravesar indolentemente la calle y llamar á la puerta y entrar un poco después en el salón.

—¡Al fin!—exclamó.—¡Tal vez me expliquen ese misterio! ¡Con cuanta impaciencia os esperaba, señor Margrave.

Este buscó un sitio donde dejar su sombrero, y mirándola detenidamente contestó:

—¿Por qué?

—Porque para haceros algunas preguntas quiero hablar á mi tutor y consejero.

—¡Oh! Señora Dalton,—el abogado aprovechaba todas las ocasiones para llamarla así.—¿Tan pronto apeláis al consultor? Pero permitidme ante todo que vuestro tutor murió en el momento en que en la iglesia os entregó á vuestro esposo. ¿Por qué no le consultáis á él?

—Son asuntos que le interesan,—respondió Leonor con amargura,—y no trato de reprocharos vuestra conducta como tutor á vos, á quien siempre consideré como á un hermano mayor, más es imposible que olvide aunque sea mía la culpa, las circunstancias que precedieron á mi casamiento, que ha sido uno de los más desgraciados.

—Me acusáis de una cosa que fué el tormento de mi vida,—contestó Margrave después de permanecer pensativo unos cuantos minutos,—y de la que soy tan poco responsable como de haber nacido moreno en vez de rubio. ¡Triste vida, y porvenir triste el mío! ¡Siempre sólo, y sin amar nadie!

Margrave pronunció estas palabras con amargo deje, y pasado un rato, añadió:

—¿Deseáis que os dé algunos informes?

—Lo deseo, sí. Cuando me casé con el señor Dalton, ¿que condiciones se pactaron? No me dijísteis nada ni lo pregunté, y entonces me pareció que era un hombre respetable. ¿Qué cantidad se comprometió por mi parte.

—¿Qué condiciones?—repitió el abogado á pesar suyo como si aquello hubiera sido lo último de que deseaba hablar.—Ni un céntimo se comprometió, señora! Vuestro tío os legó su fortuna á condición de que la compartiríais con Dalton, en eso no cabía ninguna duda, y hacer otra cosa habría sido faltar á lo que disponía y anular el testamento. Creo, aunque en eso no obré como abogado, que la persona que mereció la confianza de vuestro tío merecerá la vuestra.

—¿De modo que Enrique es el sólo dueño de mí... de la fortuna, y si quiere puede vender el castillo de Arden?

—Como esposo vuestro, sí. Pero ¿desea venderlo?

—Sí,—contestó Leonor indignada y mirando á Margrave, que permaneció impassible;—y lo creo poco conveniente, ¿qué dirán?

—Entonces, Enrique no es el hombre que creí, tiene más juicio. Ahora falta pue encuentre comprador. Ese castillo no vale nada, y en sus parques y bosques no hay siquiera la caza necesaria para atraer un cazador furtivo. Esa venta es un proyecto acertado. No temais que la memoria de vuestro tío sea menos respetada por no haber conservado una habitación incómoda. ¿Cuándo os lo dijo?

—Al volver del viaje le indiqué deseaba ir á pasar una temporada, y me contestó no podía acceder á mis deseos porque queria venderlo, y que por muy extra-

ña que me pareciese semejante de terminación, era en realidad la mejor y más acertada.

—¿Y á pesar de eso no tenéis confianza en él?—preguntó muy inquieto Margrave.

—¿Y cómo tenerla? De la fortuna que le aporté, me niega hasta un céntimo. No me atrevo á pelir ni una alhaja, pues no hace más que predicar, y á pesar de ser el esposo de una mujer rica, trabaja en su profesión con tanto ahinco como si tuviese que sostener á una madre y hermanas. Quiere á su trabajo más que á mí.

—Creedme Leonor, vuestro esposo es un hombre concienzudo, honradísimo y al mismo tiempo posee un espíritu elevado. ¡Creedme, por mucho que os cueste creerlo!

—¡También estáis en contra mía!—replicó con acento amargo Leonor.—¡No es dinero lo que pido! Al casarme con ese hombre sabía que no le amaba, pero quería estimarle, respetarle, y no consigo ni lo uno ni lo otro.

—Os repito, Leonor, que estáis muy equivocada respecto á vuestro marido.

En este instante se oyó en la escalera un paso vivo y firme, y á los pocos minutos se presentó Dalton en la habitación.

Se acercó sonriendo á su esposa, más al ver á Margrave retrocedió frunciendo el entrecejo.

—Creía, señor Margrave,—dijo secamente,—que una de las condiciones de nuestro convenio era...

—Que no debía entristecer esta casa con mi presencia,—interrumpió Margrave.

Leonor asustada les miro á ambos.

—¡Enrique! ¡Enrique!—exclamo.—¡Por Dios, señor Dalton! ¿Qué significa eso?

—Nada que en modo alguno os afecte, una pequeña diferencia ocasionada por los negocios entre el señor Margrave y yo.

Su esposa, apenada, separo de él la vista, y volviéndose hacia Margrave, apoyó la mano en el esculpido respaldo de la silla de éste.

Una acción tan sencilla en la apariencia decía mucho más que las palabras.

—Es que en él tengo depositada mi confianza, á pesar de todo el mundo.

Dalton lo observó enseguida con mucha gravedad, y dirigiéndole una mirada de reproche, le dijo:

—En vista de lo que sucede, señor Margrave...

—No tenía ningún derecho á venir á esta casa! conformes! No hubiera venido sino...

Vaciló un momento y Leonor le interrumpió:

—Escribí á mi tutor rogándole viniese ¿á que se debe, señor Dalton, ese misterio y el que vea insultado en mi propia presencia á mi más antiguo y mejor amigo?

—Una mujer casada no debe tener más amigo que su marido, y puede además que no me convenga recibir al señor Margrave en *nuestra* casa,—respondió el señor Dalton con calma.

—La presencia del señor Margrave no os molestará mucho, señor Dalton.

El abogado se levantó al decir esto y se dirigió lentamente hacia la puerta.

—¡Adiós!—añadió.

En el momento de poner la mano en el pomo de la

puerta se volvió, y con un tono de voz que revelaba una emoción contenida y dirigiéndose á la señora Dalton, dijo:

—¡Leonor, dadme la mano!

La señora Dalton le tendió las dos que estrechó entre las suyas, é inclinando la cabeza al mismo tiempo que las estrechaba le exclamó:

—¡Perdonadme, adiós Leonor!

Margrave salió del saloncito y Leonor se precipitó á la antecámara y le llamó.

—¡Señor Margrave, tutor mío, Horacio, volved! No será más que por un instante, volved!

Su esposo la siguió y asiendo su delicada muñeca con mano vigorosa, la condujo al salón.

—¡Escoged entre ese hombre y yo, Leonor! Tratad de renovar vuestra amistad con él, ó de sostener cualquier clase de correspondencia que no pase antes por mis manos, y nos separamos para siempre.

Leonor se sentó sollozando.

—¡Mi único amigo!—exclamó.—¡Y verme separada de ese modo de él!

Su esposo permaneció á poca distancia, contemplándola con triste ternura, mientras que Leonor desahogaba una pena imposible de dominar.

—¡Cosa más miserable! ¡Abominable asunto!—dijo Enrique en voz alta.—¡Y sin esperanza para ponerle término! ¡Sin esperanza de que concluya nuestra desgracia!

IV

Margrave en el castillo de Baldwin

Enrique Dalton prosperó mucho en su profesión, y más de un juez de encanecido cabello habló con encomio del talento del joven abogado, y su nombre no tardó en ser de los más acreditados en el foro.

El alba solíale encontrar trabajando en su despacho, mientras Leonor, incapáz de vivir en aislado hogar, asistía á las reuniones más aristocráticas, lamentando interiormente el deseo de economizar y el de lucir poco de su marido

—Su trabajo le basta, y ya que no puedo ser amada, le probaré al menos que puedo ser admirada.

A muchas de las reuniones á que iba Leonor, asistía también Margrave, pues el rico y célebre abogado era bien recibido en todas partes, lo mismo de las madres de muchas hijas pobres, que de los padres ricos, pero á pesar de las recomendaciones de su esposo, no cambió sus maneras respecto á su antiguo tutor.

—Podéis privarme que le escriba, hable ó vea, más

á pesar de todo, no quebrantaréis la fé que tengo en él que es el amigo más querido de mi padre y el guía de mi jóventud,—decía á su marido.

Poco á poco reparó que veía á Margrave con menos frecuencia, y cuando tropezaba con él evitaba su presencia, y que á consecuencia de esto fué disminuyendo su confianza mútua.

Esto sucedió á los dos años de matrimonio, y al llegar al tercero supo por casualidad que Margrave estaba viajando por Suiza, habiendo dejado encargado de su bufete á su jóven asociado.

El otoño lo pasaron los esposos Dalton en el castillo de un amigo suyo llamado sir Lionel Baldwin.

Desde que ocurrió la escena que narramos en el salón de Leonor entre ésta y su esposo no medió ninguna explicación.

Aquel día Enrique se arrodilló á los piés de su esposa y la suplicó que creyese en su palabra y en su honor, y que si obraba á impulsos de un móvil tan desinteresado y poderoso como el que dirigía todas sus acciones.

Rogóla, además, creyese que se casó con ella sólo por inclinación y no por interés, y que si hasta entonces procuró economizar, era porque no tenía más remedio que hacerlo así.

En vano suplicaba, pues prevenida contra él desde que le conoció, jamás le dispensó su confianza.

Herida, además, en su cariño hacia otra persona, cariño que tenía tal fuerza que ella misma no se atrevía á confesarlo, sus sentimientos respecto á Dalton se convirtieron muy pronto en aversión.

Sus gustos sencillos, su sentido práctico y la enérgica perseverancia con que se dedicaba á una profesión

que odiaba, le enagenaron las simpatías de Leonor dotada de un temperamento entusiasta y romántico que la impedía hacer justicia á las buenas cualidades de su esposo.

La gente curiosa que ansía enterarse de todo, no tardó en conocer las extrañas cláusulas del testamento del caballero de Arden y los detalles del casamiento de Enrique Daltón.

Se supo que era un casamiento de conveniencia, y á él se le calificó de galopín dichoso, y tuvieron lástima de Leonor.

Tal fué la opinión general, opinión que la indiferencia con que la señora Dalton trataba á su esposo no hizo más que confirmar.

Haría una semana que los señores Dalton se hallaban en el castillo de Baldwin cuando el joven abogado, llamado á Londres por asuntos de su profesión, vióse obligado á abandonar á su esposa á los cuidados de sus antiguos amigos, sir Lionel y lady Baldwin.

—Aquí seréis dichosa, querida Leonor, la casa está llena de personas distinguidas, y ya sabéis cuan estimada sois por los dueños de la casa. De ese modo no os aperibiréis probablemente de mi ausencia,—dijo Enrique suspirando tristemente y mirando su semblante indiferente.

—¡Apercibirme de vuestra ausencia! ¡Por favor, señor Dalton, no os alarméis tanto! Sé que cuando vuestros deberes os reclaman represento muy poca cosa para vos.

—¡No trabajaría tanto si no me viese obligado á ello, Leonor!—contestó Enrique con algo de reproche en la voz.

—No me gustan los misterios, señor Dalton,—replicó Leoaor con mucha frialdad.—Podéis hacer lo que os acomode y entregaros libremente á vuestras ocupaciones.

De este modo se separaron.

Leonor le dijo adiós, con tanta indiferencia como si hubiese sido un joyero ó su pasamanero.

En tanto que en un ligero faetón se dirigía á la estación del ferro-carril, vino Enrique hacia las ventanas del cuarto de su esposa, adornadas con cortinajes persas, y murmuró en voz baja:

¡Dios mío! En vano me pregunto cuanto tiempo durará esta fortuna inmerecida y tan cruel error.

Al día siguiente de la marcha de Dalton, en el momento en que sir Lionel se preparaba á sentarse á la mesa para desayunarse, abrió la balija que contenía las cartas y exclamó con tonó en que se mezclaban la sorpresa y el placer.

—¡El viajero está de regreso! En el fondo del saco ví la letra de Margrave en un sobre. Eso quiere decir que está de regreso en Inglaterra.

Dió sus cartas á sus huéspedes, abrió las suyas y de jó la del abogado la última.

—¡Qué alegría, Horacio Margrave llega esta noche!

Leonor palideció al oír la noticia, porque acudió á su mente el recuerdo del odio que se profesaban su marido y su ex-tutor.

Al fin iba á saber la verdad, á conocer aquel secreto que sin duda de ningún género ocultaba alguna bajeza de Dalton, el hijo del boticario, como ella le llamaba despreciativamente.

—¿No es verdad, señora, que la venida de Margrave es una fortuna para todos?

—¡Una fortuna —dijo un joven empleado del gobierno arrastrando las sílabas como exige el buen tono, y como si el pronunciarlas bien costase inmenso trabajo.

—¿Sabéis, sir Leonel, que mi opinión es de que Margrave está gastado, completamente gastado? Le encontré tiempo há en, ¿cómo se llama eso, señores? Quise decir en algún rincón de Suiza, en Julio último, y confieso que en mi vida vi un hombre más cambiado.

—¡Cambiado! —exclamó el baronet.

La fisonomía de Leonor se puso aún más pálida.

—Sí, palabra de honor, sir Lionel, excesivamente cambiado. ¿No iréis á creer que haya cometido un asesinato? Pues tenía el aire de haberlo cometido.

—No digáis tonterías, Federico, ¿de que decíais que tenía aspecto?

—De tener una conciencia culpable, se parecía á Lara ó Manfredo; su apariencia era la de un judío errante, de un ultrabyroniano, cuando le encontré entre ásperas montañas, que se parecen á esos cromos que venden por ahí, y tan cambiado le hallé, que no pude menos de preguntarle si tenía alguna cita con un brujo de los Alpes ú otro personaje de esa clase.

Dos ó tres de los convidados que vivían en las cercanías, quisieron reirse y no lo consiguieron, y los que procedían de Londres miraron atentamente al joven que á su vez afrontó las miradas de todos.

Leonor no reparo las miradas de él y esperó con inquietud que volviese á hablar.

Tal vez Margrave estuviese enfermo, —dijo el anciano

no baronet,—pues cuando marchó á Suiza, me dijo que se iba porque le convenía cambiar de aire.

—Enfermo, á lo que parece,—replicó el empleado.— ¡En verdad que no se me ocurrió semejante cosa! El resultado es que cuesta mucho trabajo marcar una línea divisoria entre una conciencia culpable y una afección del hígado, y bien mirado, bien pudo ser su hígado un asesinato y enterrar el cadáver, á pesar de que eso explicaría su viaje porque le era imposible permanecer al lado del cadáver. ¿Qué os parece mi hipótesis?

—Que haríais mejor en dirigiros esa pregunta á vos mismo, Federico, y que si todo el mundo tuviese la conciencia tan tranquila como Margrave, el mundo estaría lleno de personas honradas. Horacio posee un noble corazón; le conozco desde niño y se que es hombre muy tratable.

—¡Y buen tirador!—dijo un jóven oficial con la boca llena de pan, manteca y pasta de anchoas.

—Y un jugador de villar de primera fuerza,—añadió su vecino ocupado en cortar lonchas de jamón.

—¿Entonces no creéis que haya cometido un asesinato y enterrado el cadáver en su despacho?—pregantó el empleado dirigiéndose á todos.

Aquella misma tarde hallábase Leonor en un pequeño tocador inmediato al salón principal, y que comunicaba por medio de una puerta de cristales cubierta de cortinajes de damasco, con una gran estufa que se extendía á todo lo largo de la fachada por aquel lado.

De pronto un ruido de pasos la distrajo de sus meditaciones y fijándose en un espejo que tenía delante, vió la fisonomía cambiada y esquiva de su tutor.

El largo gubón que llevaba, indicaba claramente que

acababa de llegar, y al ver á Leonor retrocedió sin reconocerla.

—Dispensadme que os moleste, señora, más no encuentro en ninguna parte á sir Lionel.

—¿No me reconocéis, señor Margrave? ¡Soy Leonor! El abogado vaciló, soltó el sombrero, que rodó por el suelo y se apoyó en el respaldo de una silla.

—¡Leonor! ¡Señora Dalton! Me habían dicho que estábais en París, á no ser así no me atreviera... es decir... yo...

Era la primera vez en su vida que Leonor veía tan agitado á Margrave. La máscara de marmol había desaparecido y se mostraba de pronto tal cual era.

—¿Os contraría encontrarme aquí, señor Margrave? ¡Oh! ¡Qué cambiado estáis, y qué razón tenían esta mañana! Para encontraros en este estado es preciso que antes hayáis enfermado gravemente.

Margrave recobró mientras tanto su sangre fría habitual; recogió su sombrero y sentándose con indolencia en un sillón, dijo:

—Empecé á sentirme rendido y los médicos me aconsejaron que viajase. Así lo hice y me fuí á Ginebra. ¡Cosa más rara tener nervios un abogado!

—¿Y os probó el viaje?

—Un poco, pero no por completo, pues como véis la agradable impresión que vuestra presencia me produjo, bastó para excitar mis nervios de señorita. ¿No dijisteis que hablaron de mí esta mañana?

—Sí, durante el desayuno dijeron que parecíais enfermo y desgraciado.

—¡Qué desgracia más grande para un hombre que la de tener el pelo negro y pálida la cara! A todo el mun-

do se le antoja que se vá á morir y que oculta algo en su pecho. Me fatigué mucho descifrando las cláusulas de un testamento en el que un viejo fastidioso deja á su hijo cuarenta mil libras de renta, y la gente al verme en Suiza viajando para reponerme dice que estoy enfermo. Si en vez de mi quebrado color tuviese patillas rojas y encendidas mejillas, nadie se preocuparía porque mi corazón se hiciese pedazos veinte veces por trimestre.

—Soy una mujer que se casó hace mucho tiempo, señor Margrave,—replicó Leonor con voz algo temblorosa,—y puedo hablaros con entera libertad, ¿Me permitís que lo haga?

El movimiento imperceptible de las pestañas de Margrave se acentuó en tanto que daba vueltas distraidamente á su sombrero.

—Hablad, contestó con entera franqueza.

—Recuerdo un día en que apenas cerrada la sepultura de mi padre un hombre me miró con ternura infinita á la vez que me dijo con voz lenta y grave.

«Vuestro padre me encargó antes de morir una misión sagrada, muy delicada para un hombre de mi edad pero os juro por la memoria del muerto y por mi salvación eterna, por mi honor de hombre y de caballero, que cumpliré con los deberes que me propuse.»

—¡Por piedad, Leonor!—exclamó Margrave con voz quebrantada y ocultando la cara entre las manos.

—Hice mal en recordaros tan triste día,—contestó la señora Dalton,—cumplísteis noble y honradamente vuestro deber, pero ahora me abandonáis por completo á un marido, al que no elegí, que me impuso pesada y cruel necesidad, y hacéis por vuestra parte todo lo po-

sible para que parezcamos dos extraños. ¡A pesar de todo no soy feliz, Horacio!

—Es una conversación propia de niños, señora Dalton, ocuparse de la felicidad ó la desdicha,—respondió Margrave riendo amargamente, porque en el mundo no se conoce más que el éxito ó la desgracia. ¿Encontráis-teis alguna vez un hombre dichoso?

—Os estáis burlando de mí, señor Margrave, más no me respondéis categóricamente.

—Porque para responderos, señora Dalton, sería preciso que me interrogáseis, y necesito mucho valor para averiguar si en el penoso viaje de la vida si elegí el bueno ó el mal camino. Confieso que fui un cobarde, y así os suplico no me obliguéis á ser valiente.

Levantóse al decir esto y mirando á su traje, añadió:

—Hace más de un cuarto de hora que sonó la primera campanada para la comida y aún no me mudé, la culpa es vuestra, señora. ¡Hasta la hora de comer!

Leonor se quedó sólo y se entregó á una profunda meditación.

—¿Qué misterio encerrará la vida de ese hombre?—se preguntó.—Si me atreviese... pero no me atrevo á responder á esa pregunta.

Difícil hubiera sido reconocer al taciturno Margrave en el convidado alegre y decidior que media hora después se sentó á la mesa á la derecha de sir Lionel.

Leonor cada vez se admiraba más y más del poderoso dominio que sobre sí tenía el abogado.

—¡Tan cumplido ó ingenioso, y sin embargo, tan desgraciado!

Por la noche recibió Leonor una carta que fué á pa-

rar primero á su casa y desde allí la enviaron á la de sir Lionel.

Extremecióse al reconocer la letra y fuese al tocador á leerla.

Luego se dirigió al salón y al atravesarlo se acercó á una mesita en la que Margrave se entretenía en hojear un álbum.

—Acabo de recibir carta de Escocia,—le dijo,—del honrado ministro Stewart, ¿os acordáis de él?

—Sí, es un anciano cargado de familia, y de cuyas hijas la más pequeña era más alta que yo; ¿sostenéis correspondencia con él?

—No; hace mucho tiempo que salí de Escocia, y mis antiguos amigos han ido desapareciendo poco á poco. Me habría gustado construir una iglesia en Achindore; empero, y como es natural, el Sr. Dalton se opuso y no me quejé, ahora me escribe el Sr. Stewart por otra causa; para decirme que mi vieja nodriza Margarita está ciega é impedida y que se vió obligada á abandonar su colocación. Después de la muerte de su madre se puso á servir en Edimburgo y no volví á saber de ella, ni pude por tanto socorrerla, más ahora que sé donde para voy á crear una renta vitalicia de cien libras esterlinas en su favor, á pesar la nunca bastante ponderada economía del señor Dalton.

—Me parece que para una vieja escocesa bastan cuarenta ó cincuenta libras por año. Tanto el señor Dalton como yo que estamos acostumbrados á los negocios, no podemos luchar con vuestra generosidad.

—No os comparéis al señor Dalton,—dijo tranquilamente Leonor.

—Temo mucho que no podría hacerlo,—contestó con grave acento Margrave.—Decíamos que...

—Que respecto á ese asunto no admito negativa. Pasado mañana puedo tener la contestación, y si es negativa, sé que partido debo tomar y quiero decíroslo hasta recibir su respuesta que será afirmativa.

Tres días después por la tarde, y en el momento en que se disponían á ir al comedor, Leonor detuvo á Margrave diciéndole:

—Recibí la respuesta, es una negativa. Dice que en su país le pagan á un clérigo con cuarenta libras anuales; esa suma es más que suficiente para una mujer sola. Que asegurará esa cantidad y la envía un bono por los seis primeros meses, ¿qué os parece esa extraña conducta?

Mientras hablaba Leonor, la puerta de cristales del gabinete empezó á moverse empujada por el viento que entraba por la exterior de la estufa, que dejaron abierta porque hacía mucho calor.

—Si entrara alguien por ese lado nos oiría hablar mal de vuestro esposo.

—Creo que nadie nos tiene por una pareja dichosa, y poco me importa, además, que sepan le desprecio.

—Como queráis, pero me parece haber oído ruido en la estufa. Creo que vuestro esposo tiene razón al no conceder más que las cuarenta libras.

—¡Impedirme disponga de mi dinero y que haga limosnas! Le perdonaría me negase mi tronco de caballos ó un collar de brillantes, más no le puedo perdonar eso.

—No os dejéis arrastrar por vuestra naturaleza vehementemente. Decís que retiene vuestro dinero; no es cierto,

pues está empleado en el tres por cierto, y quien sabe, no es más que una suposición, si vuestro marido que es un hombre hábil, no tuvo deseos de especular con él.

—¡Sin consultarme!

—Sin consultaros; las mujeres entienden poco de negocios.

—Si Enrique obró así no es un avaro, es un estafador, un petardista, y ninguna argucia de Leguleyo basta para justificarle á mis ojos. ¿A vos que sois noble y digno, qué juicio os merece esa conducta?

—¿Os formasteis alguna vez idea de lo que es esa locura, que los hombres llaman juego? ¿Sabéis lo que es un jugador? ¿Sabéis, Leonor, lo que experimenta el hombre que arriesga la fortuna de su esposa, los escasos recursos de su madre viuda; la herencia de sus hijos, el dinero que bastaría para la educación de su hijo mayor, el dote de su hija; las cantides que debe á acreedores demasiado confiados ó el dinero que le entregaron sobre el tapete verde de una mesa en el Wert End?

»Creéis que en ese instante de locura, deslumbrado por las luces de gas, cuando montones de oro aparecen y desaparecen en el tapete verde y se oye la voz del banquero que grita sin cesar «¡No vá más.» y ensordece sus oídos, se figura que va á perder un dinero que no le pertenece honradamente?

»No, Leonor, no, se imagina que vá á duplicar ó cuatuplicar su dinero, á centuplicar en ciento cada brillante moneda de oro y llevarla enseguida á su esposa que se muere de hambre ó á sus hijos inquietos y poderles decir: «¿es reprehensible mi conducta?»

«¿Habéis asistido alguna vez á las carreras de Epsom y examinado las lívidas fisonomías de los que apuestan,

oído el murmullo de sus voces agrias y discordantes, en el momento en que el peletón arranca hacia la meta de la victoria?

»Todos los que forman parte de aquella muchedumbre, desde el obeso capitalista que se propone ganar unos cuantos millares de libras, hasta la miserable hortera que robó media corona del mostrador del amo para jugarla á favor del caballo favorito, todos creen que apostaron por el caballo vencedor.

»Ahí tenéis lo que es esa locura que se llama juego y el terrible encanto de la casa de juego y del campo de las carreras y también es esa la miserable alucinación del hombre que especula con la fortuna de otro.

»Tenedle compasión, Leonor si el hombre poco delicado merece la compasión de los demás hombres honrados y merece la vuestra.

Margrave habló con una energía extraordinaria y se sentó fatigado por el esfuerzo.

—Creía que el hombre al que me veo obligada á llamar mi esposo era un avaro y no un galopín, y siento mucho, señor Margrave, que si es capaz de semejante deshonra encuentre un abogado que le defienda.

—¡No tenéis compasión, Leonor,—contestó el abogado,—y que el cielo la tenga al hombre que se atreva á hacerle daño!

—No hablemos más de Enrique, ya os dije que si se negaba iba á tomar una resolución, y esta es la de abandonarle. Sí, pienso dejarle en posesión de esa fortuna que guarda con tan exquisito cuidado ó que perdió si especula con ella. Esta noche saldré de aquí y mañana estaré en París al lado de mi tía,

—¿Y qué dirán?

—¡Que me juzgue Dios! Viviré en casa de mi tía como antes de tropezar con esa fortuna maldita, y vos como mi tutor me acompañaréis.

—¡Yo!—exclamó el abogado.

—¿Quién mejor que vos puede protegerme? Estoy tan decidida que si no me acompañáis, me marchó sólo esta noche.

La pálida fisonomía de Margrave se coloreó y su mirada adquirió más brillo.

—Sóla no iréis, os dejaré sana y salva en casa de vuestra tía y responderé á Enrique de mi conducta, y de ese modo me haré digno de la confianza que me dispensó vuestro padre. Tomad vuestras disposiciones, despedíos con el menor ruido posible de sir Lionel y su familia. Marcharemos en el tren combinado con el vapor. ¿Lleváis á Elisa en vuestra compañía?

—Sí, hace muchos años que está á mi lado. Hasta luego, señor Margrave.

En el instante en que Leonor y Margrave salían del tocador, un hombre vestido con un gabán grueso de viaje y envuelto el cuello con un *plaid* escocés salió á la terraza por la puerta de la estufa, encendió un cigarro y es estuvo paseando una media hora entregado á profundas reflexiones.

V

De Londres á París

Mientras tanto se vestía dió orden Leonor á su doncella hiciese los preparativos para el viaje, preparativos que Elisa hizo con la tranquilidad de la persona que sabe desempeñar su obligación.

Las horas parecieron muy largas á la señora Dalton, y nunca creyó tan estúpidos á los que vivían en el campo ni tan pesados á los convidados de Lóndres.

Margrave por su parte empleó su tiempo en contentar á todos hablando á cada uno de lo que más le agradaba con un tacto especial.

—En donde os metísteis hoy por la mañana que no se os encontró en ninguna parte cuando os necesitamos para jugar al billar?—preguntó sir Lionel.

—Después del desayuno me fui á caballo á Horton, en donde debía de enterarme de algunos asuntos electorales.

—¿Habéis estado en Horton?—interrogó sir Lionel con cierta inquietud.

—Sí, más, ¿qué os pasa, parece que estáis asustado? Se presenta como candidato uno de mis clientes ¿no os causará un perjuicio con eso?—contestó el abogado echándose á reír.

Sir Lionel se quedó confuso, y las familias de las cercanías se pusieron serias de repente.

Una jóven vestida de color de rosa que profesaba grandes simpatías á Margrave se agarró convulsivamente al brazo de su hermana que iba de azul.

—¡Cualquiera diría que atraje el rayo á esta casa hospitalaria, al decirnos que visité la fabril ciudad del Horton, ¿qué es lo que pasa, señores?

—Nada, no es que tratemos de burlarnos de vos, pero en Horton ha días que reina la fiebre y ha hecho presa entre los obreros y empleados de la fábrica, así que esos lugares están como en cuarentena. No habréis hecho más que atravesar la población y creo estaréis sano y salvo,—dijo Lionel.

—He paseado por todas las calles de la ciudad hablando con todo el mundo y todos me parecieron muy desgraciados y tener cara de enfermos; no creo, empero que se me haya pegado la fiebre, porque una carrera á caballo en un país descubierto y media docena de cigarros son el mejor desinfectante, y además,—añadió con mucha amargura el abogado,—hay que morir más tarde ó más temprano, ¿qué importa, pues, que sea de una fiebre cogida en Horton?

La jóven vestida de color de rosa soltó el brazo de su hermana, y Margrave con su conversación disipó pronto la idea del peligro de su excursión de la mañana, y pocos minutos después se sentó al piano y cantó una canción báquica en alemán.

Acercóse al término de la reunión y Leonor que se hallaba haciendo crochet en una mesa alejada, y no oyó la relación del viaje á Horton, ni con alegría la presencia de un criado con una bandeja llena de brillantes palmatorias, y cuando estaba encendiendo la suya hizo lo mismo Margrave.

—Hablé á sir Lionel, el coche nos espera dentro de una hora y llegaremos á tiempo á la estación más próxima y á Londres para tomar el tren llamado de París.

Aún estáis á tiempo ¿seguis pensando lo mismo?

—Sí, estoy resuelta á todo. Dentro de una hora estaré dispuesta.

Las habitaciones de la señora Dalton se hallaban al extremo de un largo corredor; el tocador comunicaba con el dormitorio y la puerta estaba entreabierta.

Sus maletas estaban preparadas y Leonor se fijó en los nombres que había pegado previsoramente su doncella, y al ir á entrar en el gabinete-tocador se detuvo de pronto, lanzando una exclamación de sorpresa.

Delante de una mesa estaba sentado su marido y ante sí tenía una cartera abierta y escribía con mucha rapidéz.

En una silla al lado del fuego estaban su gabán, el *pañol* y un porta-mantas.

Miró un momento con mucha calma á su esposa, y á pesar de la entrada de ésta continuó escribiendo.

—¡Señor Dalton!

—Sí, el mismo,—contestó su esposo siguiendo su trabajo,—llegué en el tren de las cinco y treinta. He vuelto antes de lo que creía.

—¿En el tren que sale de Londres á las cinco y media?—preguntó Leonor.

—Por el que llega aquí á las cinco y media,—contestó Enrique sin levantar la cabeza,—ó mejor dicho, que debía llegar á esa hora, porque vino con cinco minutos de retraso.

—¿De modo que estáis aquí desde las seis?

—Menos diez minutos, mi querida Leonor. Dí la maleta á un mozo y tardó un cuarto de hora desde la estación hasta aquí.

—¡Llegásteis á esa hora y no dijisteis nada!

—Sí, hablé con sir Lionel. Tenía que arreglar un asunto muy importante.

—¿Muy importante?

—Sí, preparado todo para ese viaje á París que estáis resuelta á emprender.

—¡Señor Dalton!—exclamó Leonor poniéndose encarnada.

—Sí,—respondió este cerrando la carta.—Es bien despreciable, ¿no es verdad? pero estando en la estufa que como sabéis acorta el camino en doscientos pasos, oí sin querer parte de una conversación que influyó de tal modo en mí, que me impidió moverme de donde estaba y escucharla involuntariamente hasta el fin.

—¡Espía!—dijo despreciativamente Leonor.

—Sí, y todo eso podemos añadirlo á lo demás. Un miserable avaro, un cuenta céntimos, un estafador y un hombre sin delicadeza que especula con el dinero de los demás.

»¡Oh! Si quiere Dios que llegue alguna vez el día (y bien sabe El lo que daría porque fuese pronto) en que yo pueda decir con entera libertad algunas palabras por cuenta amargura deploraréis las palabras que hoy pronunciais. No, no trató de reprocharos nada; á

nuestra mala fortuna debemos ambos el vernos en tan penosa situación de la que solo podía librarnos la ruptura de la cadena que nos une. Me ganasteis la delantera, queréis abandonarme y marcharos á casa de vuestra tía, sea. ¡Idos!

—¡Señor Dalton!

A pesar de la aversión que experimentaba, vió Leonor en los ademanes de su esposo algo que la impresionó y afectó mucho y tendió hacia él sus manos suplicantes

—¡Idos Leonor! También estoy cansado de esa larga lucha, de ese continuado conflicto en que todas las apariencias me condenan. Me fatigaron con eso esos continuos llamamientos á vuestra confianza y generosidad, y cansado con tanto intento vano de ganar el amor de una mujer que me desprecia.

—¡Señor Dalton! ¿Y si me hubiese... equivocado?— dijo Leonor con inusitada ternura dirigiéndose á su esposo.

—¡Si os hubiéseis equivocado!—exclamó Enrique haciendo un esfuerzo.—No, Leonor, no, es tarde ya para entrar en ciertas explicaciones más explícitas que las dadas. Es tarde, la brecha se ha ido agrandando lentamente desde hace tres años, y hoy os contemplo al otro lado de un abismo infranqueable, y después de lo que ha sucedido, yo mismo me admiro haya podido pensar un día que era cosa fácil obtener vuestro amor. ¡Dios me es testigo de que os digo la verdad!

Tan conmovida pareció la voz de Enrique á Leonor cuando pronunció las últimas palabras, la emoción del jóven abogado era tan profunda, que llegó hasta su alma...

—¡Señor Dalton! ¡Enrique!

—Deseáis ir á París, ¿sea! Iréis, pero el hombre que os acompañe debe ser vuestro esposo.

—¿Vais á acompañarme?

—Sí, os dejaré al lado de vuestra tía. Podéis disponer de una renta de doscientas libras esterlinas, no es mucho con relación á las tres mil,—dijo Enrique riendo con amargura,—más es todo lo que puedo daros, y os juro que apenas me queda para mí. Es la una menos cuarto, abrigaos bien mientras llamo para que vengan por el equipaje,

—¡Enrique, esperad!—dijo Leonor cogiéndole las manos.—Veo no sé qué en vuestros modales que me hace comprender os desconocí. No quiero ir á París y sí quedarme á vuestro lado y tener confianza en vos.

Enrique estrechó su mano, y dirigiéndola una mirada triste.

—¡No podéis, Leonor!—contestó.—La determinación que ahora tomáis es la más acertada. Durante tres años soporté la lucha, y creo que no podría soportarla ni un instante más. ¡Elisa!—Añadió dirigiéndose á la camarera—Entregad esa carta al señor Margrave y cuidad de que bajen el equipaje. ¿Estáis preparada, Leonor?

Esta se envolvió en un chal de felpa. Elena la ayudó á poner el sombrero.

Al llegar al vestíbulo detúvose la señora Dalton.

—Es necesario,—dijo,—que me despida de Margrave y que le explique el cambio de plan.

—Lo hice en mi carta, deseo que no digáis una palabra á Margrave mientras yo esté bajo el mismo techo.

—Como queráis,—respondió Leonor sumisamente, aprendiendo de pronto á obedecer á su esposo.

Dalton se mostró muy reservado durante el corto

trayecto del castillo á la estación, y al subir al wagon, preguntó.

—¿No es verdad que deseáis llevar á Elisa en vuestra compañía?

Al oír esto comprendió que su esposo deseaba no quedarse á solas con ella y respondió afirmativamente.

Mientras duró el viaje á Lóndres, Leonor se sorprendió al examinar la fisonomía grave y tranquila de su esposo iluminada por la luz del wagon.

Era imposible adivinar ninguna emoción en ella ni en la mirada de sus ojos azules, pero no pudo menos de recordar el trastorno de su voz cuando la habló en su tocador.

—Es susceptible de emocionarse,—pensó Leonor.—¿Habré desconocido su carácter? ¿Existirá otra causa de ese extraño misterio que atribuía la avaricia y la baja-za? Sí, es cierto, que me ama y que me equivoqué respecta á él cuán miserable debo parecerle!

Al día siguiente por la noche llegaron á París y después de un período de cuatro años Leonor volvió á ver el salón de su tía, en la rue Saint Dominique.

La buena señora la recibió con los brazos abiertos.

Enrique excusó su viaje, diciendo que obedecía á un capricho.

—Más tarde explicaréis todo, por ahora dejad que crean se trata de una separación momentánea, pues no quisiera que esa pobre señora se asustase.

—Podéis disponer de vuestras antiguas habitaciones en las que nada se tocó. ¡Mirad!—la dijo su tía.

Y al decir esto, abrió la puerta de una habitación inmediata al salón y adornada de color de rosa.

—Parece que estáis muy enferma, hija mía,—dijo su tía al ver que se negaba á tomar ningún alimento.

—El viaje me fatigó algo y si me lo permitís me acostaré, querida tía. Son cerca de las once.

—Y el descanso os ha de curar mejor que cualquiera otra medicina. Buenas noches, hija mía. Lisette ¿os acordáis de Lisette? será la que se dedicará exclusivamente á servirlos, hasta tanto que vuestra doncella se acostumbre á nuestros usos.

El viaje hecho en una noche y un día, sin ningún descanso, la fatigó mucho y se quedó profundamente dormida, y al despertarse al día siguiente se quedó sorprendida al ver sentada á su tía á la cabecera de la cama.

—Tenéis mejor cara después de haber dormido. Vuestro esposo no quiso despertaros para deciros adiós, y me dejó esta carta para que os la entregase.

—¿Se ha marchado el Sr. Dalton?

—Sí, me dijo que tenía que despachar un asunto urgentísimo, no recuerdo donde, pero á la cuenta en esa carta os lo dirá. Antes de marcharse lo arregló todo para que no os faltase nada. Parece un marido muy atento y delicado.

—Es muy bueno,—contestó Leonor suspirando.

Su tía se marchó, y tan pronto como se quedó sólo, abrió la carta con una inquietud que no pudo reprimir.

Su vida había cambiado en los últimos días, tan llenos de extraños acontecimientos que, á pesar de su indiferencia y hasta de su aversión hacia Dalton, sentía á la sazón que la faltase su sostén y que Enrique la hubiese abandonado.

Imaginóse que la carta contendría alguna explicación

ó al menos manifestaría deseos de reconciliación, pero la carta era muy lacónica y no respondió á sus deseos.

Decía así:

«Mi querida Leonor:

»Cuando recibáis esta carta de despedida estaré en camino de Inglaterra. Al acceder á vuestros deseos y al acompañaros á los sitios en donde pasásteis vuestra juventud, confío en que penséis obré bien.

»¡Cuán poco me conocéis y cuán equivocada vivisteis acerca de las intenciones que dieron origen á la línea de conducta que me ví obligado á adoptar! Lo que sufrís por esa terrible equivocación vuestra me es imposible explicároslo; empero debemos olvidar ese pasado triste, pues en adelante nuestros caminos en esta vida han de ser completamente distintos.

»Si en el porvenir llegase, no obstante, un momento en que necesitaseis un consejo ó de un amigo leal y desinteresado os ruego que no os dirijáis más que á

EMRIQUE DALTON.»

La carta se le escapo de las manos.

—¡Ahora estoy sola! ¡Sola!—murmuró con desconsuelo.—¿Qué hice para que no me amasen nunca sincera y verdaderamente? ¡Fuí la víctima de un casamiento de interés! ¡Suerte cruel la mía! Y el único hombre al que pude amar me abandona... y su indiferencia me causa mucha pena!

VI

La confesión de Margrave

La vida en el faubourg Saint Germain pareció muy triste á Leonor, acostumbrada á la sociedad brillante de Londres.

La lista de las personas que asistían á las reuniones de su tía era muy limitada.

Cuatro ó cinco ancianas canonesas que creían que las glorias del mundo se habían eclipsado con los Borbones, y que en cada esquina se iba á levantar una guillotina, y que el mundo marchaba á su perdición, y unos cuantos aristócratas muy bien conservados cuyos principios políticos eran los anteriores á 1783 y que como los relojes de aquella época servían para embellecer un salón más que para marcar la hora.

Haciales generalmente coró un señor barbudo, del que decían era poeta, y había compuesto un tomo titulado *Nubes y nieblas*, sin que hasta entonces hubiese tenido la fortuna de encontrar un editor.

Estas eran las personas á las que recibía alguna no-

á la semana la tía de Leonor y á las que obsequiaba con agua azucarada, té muy débil y bizcochos tan delgados como obleas.

El día en que llegó Leonor era uno de los señalados para estas recepciones, y se la figuró que tan enojosas visitas no se irían nunca y que la noche no iba á concluir jamás.

Recordó cuan distintas hubieran sido aquellas reuniones si Margrave asistiera á ellas.

—No volveré á ver más á ese tutor querido á cuyos cuidados me confió mi padre.

Al día siguiente salió con su tía á visitar las obras que se estaban haciendo en el Louvre, y pronto se cansó de todo, y cuando volvían á su casa su coche se cruzó con otro de alquiler en que iba un caballero sólo, y Leonor se sobresaltó al verle.

—¿Habéis visto á mi tutor? Hace un momento acaba de pasar en coche de punto.

Leonor sin dejar de hablar tiró con fuerza del cordón y el cochero de su tía refrenó los caballos, pero por más que hizo después para recuperar la ventaja perdida, no pudo alcanzar el coche de Margrave entre la multitud de ellos que se cruzaban sin cesar en todas direcciones.

—Eso no importa,—la dijo su tía al ver que Leonor bajaba el cristal y miraba á todas partes con inquietud,—si es Margrave la persona que se cruzó con nosotros, es más que seguro que vendrá en seguida á vernos.

—¡Equivocar su fisonomía con otra! No es posible que me suceda, querida tía. ¿Creéis que vendrá á vernos?

—¿Y quién lo duda? Vendrá esta noche, porque sabe que algo muy raras veces.

—¿Qué será lo que le trajo á París? Sé,—pensó Leonor,—que desde que notó la frialdad con que le trató mi marido, más parece huir que buscarme. Es casi seguro que vaya á casa esta noche, pero la visita no será para mí...

En vano le esperó aquella noche y la mañana siguiente.

—Debe tener asuntos muy importantes que despachar,—se dijo,—y tal vez se haya entretenido esta mañana, á la noche vendrá.

De este modo transcurrió una semana, y se hallaba ocupada escribiendo algunas cartas á sus amigos de Inglaterra, cuando interrumpió su tarea un llamamiento de su tía, indicándola que deseaban verla y que la esperaban en el salón.

—¿Es un caballero ó una señora?—preguntó.

—Una señora. Una hermana de la caridad.

En el salón encontró á su tía hablando con una hermana de la caridad.

—Mi hermana desea,—la dijo su tía,—que la acompañéis á ver un enfermo, cuyo nombre la está prohibido revelar ¿qué quiere decir ese misterio?

—No conozco á nadie en París... no se quien puede ser el que me envía á buscar.

—Si tenéis confianza en mí y queréis acompañarme—replicó la hermana de la caridad,—creo que vuestra presencia prestará un gran servicio á la persona de que se trata. El ánimo del enfermo, siento mucho decirlo, se

halla en un estado tal de sobre excitación, que sólo vos y el auxilio expiritual podéis calmarle.

—Iré,—dijo resueltamente la señora Dalton.

—Pero, Leonor...—exclamó su tía con inquietud.

—Si puedo serle útil, sería una crueldad negarse á ir.

—Como no conocéis á la persona á quien váis á ver...

—Tengo confianza completa en esta hermana. Voy enseguida, señora, esperadme un momento mientras cojo mi sombrero y mi chal.

—Cuando las muchachas se casan no hay medio de contenerlas, y voy á pasar un mal rato hasta que vuelva.

—Conmigo no corre ningún peligro, señora.

A los pocos instantes se hallaban ambas en un coche de punto.

—¿Vamos muy lejos?—preguntó Leonor.

—Al hotel Mourice.

—¿Entonces la persona á quien vamos á ver no vive ordinariamente en París?

¿Serían Margrave ó su esposo? Estos fueron los únicos en los que pensó; más ¿á qué tanto misterio?

Llegaron al hotel, y Leonor guiada por la hermana de la caridad subió al tercer piso.

En una antesala hallaron á dos caballeros, al parecer médicos, que estaban hablando en el hueco de una ventana.

—¿Cómo sigue vuestro enfermo, señor Delville?—

preguntó la hermana de la caridad dirigiéndose á uno de ellos.

—Algo más tranquilo, hermana, el delirio pasó, recobró el conocimiento y está muy débil. ¿Es esta la señora que esperábamos?

—Sí, señor doctor.

—¿Queréis permitirme, señora que os diga unas cuantas palabras?—preguntó el doctor Delville.

—Con mucho gusto, caballero, permitidme á su vez que os dirija una pregunta; por el amor de Dios, decidme el nombre de la persona enferma.

—Eso es precisamente lo que todos ignoramos; es desconocido para todos, hasta para los dueños del hotel. Su porta-mantas carece de iniciales, y sin duda no pensaba estar mucho tiempo, por que lleva poco equipaje, y se conoce que una enfermedad grave le obligó á detenerse.

—Dejadme entonces que le vea enseguida, caballero, porque no puedo sufrir tan cruel incertidumbre. Tengo sobrados motivos para suponer que la persona de que se trata es un amigo querido.

—Váis á verle dentro de diez minutos, señora. ¿Queréis preparar al enfermo para la entrevista, señor Leruce?

El otro médico saludó con gravedad y entró en la habitación inmediata, cerrando cuidadosamente la puerta al salir.

—Hace tres días no más que fui llamado para asistir á ese enfermo, al que mi compañero curaba ya una fiebre tifoidea de las más graves. Hace muy pocos que la enfermedad adquirió mayor gravedad, complicándose con una afección cerebral, y el señor Leruce creyó de-

bía llamar á otro médico y conforme lo indicó halleme ante un caso de los más extraordinarios. No sólo teníamos que combatir con la debilidad física, sinó la moral, y tan grave se presentaba, que ambos á una creímos que si lográbamos salvar la vida del enfermo no nos sucedería lo mismo con su razón trastornada.

—¡Es terrible! ¡Dios mío!—exclamó Leonor.

—Durante los tres días con sus noches que vengo asistiéndole, no pudimos obtener hasta hoy un momento de lucidez, no obstante, en su delirio un sólo nombre era el que con tenaz insistencia repetían sus lábios, ese nombre era el vuestro, señora, mezclado á continuadas peticiones de perdón por un daño causado hace mucho tiempo y ocultado con mucho cuidado.

—¡Un daño! ¡Sí, es mi amigo más fiel! ¡Por piedad, dejadme que le vea! Esta ansiedad me mata.

—Nos costó mucho trabajo hallaros, pero afortunadamente dimos con un amigo de vuestra tía, y esa buena y caritativa hermana Luisa se prestó á irnos á buscar creyendo todos que tendríais más confianza en ella que en mí.

A la sazón abrióse la puerta del cuarto del enfermo.

—Ya le prepararé para vuestra visita, señora,—dijo el otro médico,—más os conviene mucho no impresionaros al verle. Está muy grave.

—¿En peligro?—preguntó Leonor.

—Desgraciadamente en mucho peligro.

Leonor hizo un esfuerzo, pero su corazón latió con fuerza, cuando al penetrar en la habitación vió á Margrave lívido, con esa lívidez de los cadáveres, apoyado en las almohadas y dejando descansar su mano inerte y

enflaquecida sobre la colcha. Sus ojos se fijaban sin ver en la puerta por donde debía entrar Leonor.

—¡Horacio! ¡Horacio! ¿Por qué he de encontraros de este modo?—exclamó esta cayendo de rodillas al lado de la cama.

Margrave fijó en Leonor una mirada febril.

—¡Esto es lo que es! ¿Es preciso que os lo diga?—contestó.

—Sí, si podéis decírmelo sin agitaros.

—¡Agitarme!—dijo, y se echó á reir amargamente.—
¡Mirad esto!

Y le enseñó una mano trasparente y temblorosa, que cayó sin fuerza sobre la cama.

Leonor dirigió una mirada en torno suyo. Se hallaba en una habitación cómoda y caldeada por una estufa.

Cerca de la cama en una mesa había un libro de horas y una Biblia inglesa.

La hermana de la caridad le habló de la conveniencia de llamar á un clérigo católico, y por si no quería los auxilios de éste le ofreció los de un ministro protestante conocido suyo y Margrave los rechazó.

Margrave quedó un momento como adormilado, y uno de los médicos entró en la habitación.

—Sí os dice algo, escuchadle tranquilamente,—dijo á Leonor y sobre todo no os mostréis agitada.

Leonor respondió afirmativamente y el médico se retiró.

—¿Queréis saber lo que es esto? Voy á decíroslo. El mismo día que salisteis de Inglaterra, extraña casualidad me llevó á una población invadida por la fiebre; me contagié, no hice caso porque era muy cobarde para suicidarme. La vida me era insoportable, y no obs-

tante no tenía valor para quitármela, y por eso no quise evitar un peligro que no había buscado. Mis deseos se van á cumplir voy á morir.

—¡Horacio! ¡Horacio!

Leonor se arrodilló de nuevo al lado de la cama y le besó la mano, que Margrave retiró con viveza.

—¡Por Dios, Leonor! ¡Si me tenéis piedad, no os enternezcais! Voy á quitarme la careta y váis á verme tal cual soy y á odiarme y quizás á maldecirme.

—¡Odiaros! ¡Jamás, Horacio, jamás!

—¡Esperáos!—contestó el enfermo con un ademán como si quisiese evitar las protestas.—¡No fuí un tutor cariñoso!

—Sí, eso fué lo que nos separó para siempre. Fingí una indiferencia que era mentira, ¿no adivináis porqué? Dos eran las causas, ¿no sabéis cual era una? ¡Qué os amaba con toda mi alma!

—¡Por piedad, Horacio!

—Cuando teníais diez y seis años, tanto vuestro padre como yo creíamos que el caballero dejaría su fortuna á su hijo adoptivo. Vuestro padre me confió vuestra modesta fortuna, de la que como era un especulador atrevido, hice poco caso porque arriesgaba miles y miles de libras esterlinas con la misma tranquilidad que el jugador avezado echa una á un número ó á una carta... Entonces empezé á ser rico, ¡oh! si hubiese hablado entonces... os amaba ya...

Margrave ocultó la cara en las manos, y Leonor, arrodillada sollozaba convulsivamente.

—¿Recordáis cuando leíamos juntos á Lamartine? ¡Aún me parece estoy viendo el claro oscuro de una acuarela que pintásteis delante de mí siguiendo mis

hace ocho días en París, y antes me reveló todo Enrique; sé qué sois mi bienhechor, ¿podréis perdonarme algún día?

Enrique se pasó la mano por los ojos y volvió la cabeza.

Un momento después la levantó del suelo, y estrechándola contra su pecho contestó con voz quebrantada:

He sufrido tanto, Leonor, y durante tanto tiempo, que apenas puedo resistir esta emoción. Al fin nos vemos libres de ese terrible secreto que ejerció tanta influencia en nuestra vida. ¿Margrave?...

—Ha muerto, Enrique; en otro tiempo le amé con ternura, y de buena voluntad le perdoné el daño que me hizo: decidme, por Dios, que también le perdonáis.

—Con toda mi alma, Leonor.

FIN





